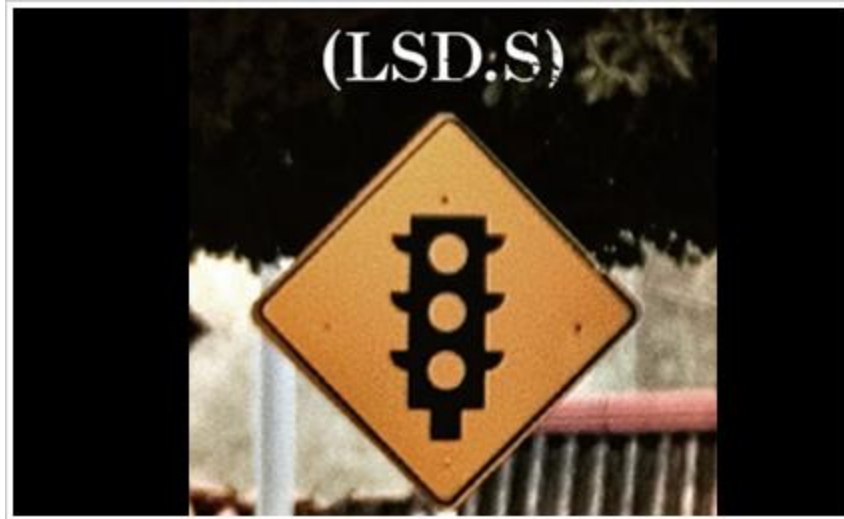


La sociedad del semáforo: el gusto por lo infinito

Daniel Parra Mejía

En materia de interpretaciones poéticas, desde el siglo XIX ha tomado auge la búsqueda estética de los rostros huidizos de la belleza que se escabullen en las ciudades. Las gallardías vagabundas, solitarias, de aquellos héroes prostituidos por la miseria, de repente, se convirtieron en una abstracta fuente que inundó las artes y la vida moderna; tan hondo prendaron, que en la actualidad, mucho más de un siglo después, una errante reminiscencia perdura en *La sociedad del semáforo* (2010).



Construido desde el interés por narrar las historias de un símbolo de la ciudad, el semáforo, alberga un escenario que en un ciclo, abre el telón a personajes que abandonan el anonimato de las miradas de transeúntes de la ciudad para romper la cruel indiferencia, robar sonrisas e intentar sortear los abusos del hambre con unas cuantas monedas; en el *Viaje al fin de la noche*, Céline Louis Ferdinand les cantarían: “somos, los mimados de la Reina Miseria. Ella es la que nos posee. Cuando no nos portamos como es debido, aprieta duro. Sus dedos se nos clavan alrededor del cuello. Hay que tener mucho cuidado si queremos, por lo menos, poder alimentarnos. Por cosa de nada nos estrangula”.⁽¹⁾

Un delirante sueño marca el tono de la película desde sus inicios, en éste se dejan ver similitudes con el sueño que abre la película de Federico Fellini *Ocho y medio*: el repaso visual por el atascado tráfico en una vía principal de la ciudad y el recurso de hablar de la intimidad natural de los personajes explorando el sinsentido de las secuencias que estos imaginan, sueñan o recuerdan, en últimas, tanto a Guido Anselmi como a Raúl Tréllez, protagonista de la cinta colombiana, se les explora interiormente por la vía de las alucinaciones y fantasías que son las absolutas dictadoras de sus riendas creativas. Por lo anterior, él será el visionario, “el poeta de los cables” como lo llaman unos compañeros por querer alargar el tiempo que permanece la luz del semáforo en rojo, también, se le bautizará como “otro vago más, otra boca más”, según un amigo suyo, Cienfuegos: un filósofo que cojea por las calles con la visión del campo en sus ojos. A Raúl se le darán tantos nombres en la película como proyectos se le ocurre realizar y de todos ellos, saldrá coronado como “el irreparable, el rey de las causas perdidas”, aquel que “todos quieren ser, o sea, nadie”.



El transitar hurgando las sombras rancias del centro de Bogotá, lleva a recorrer visualmente parajes enclaustrados por la mugre. “Dormiremos en aceras de ciudades desconocidas, sin comodidades, sin preocupaciones” como lo soñó Arthur Rimbaud en su *Delirio I*, para emanciparse y desaparecer en los sentidos, a la experiencia de otros, para encontrar un camino perdiéndose a sí mismo. En esta fórmula de vida, decadente y olvidadiza, el protagonista, es el que mejor se empeña en llevar al límite la ofrenda de su existencia, traicionando siempre a todos aquellos que le brindan confianza, entre los que cabe mencionar, el público. Como lo advierte su amigo Cienfuegos “es que los dos nos parecemos mucho mi pez... Somos muy propensos a cagarla”.

Raúl es el anfitrión del viaje por la capital, un catador de ideas artificiales e ideales que embriagan a sus amigos y les inyecta esperanza anestésica para soportar los días bajo la luz de un semáforo; “¡Sueños! ¡Siempre sueños! Y mientras más ambiciosa y delicada es el alma, más los sueños la alejan de lo imposible. Cada hombre lleva en sí su dosis de opio natural, incesantemente segregada y renovada y, desde el nacimiento a la muerte”, así se refería Charles Baudelaire sobre los que tienen un gusto por lo infinito en sus *Poemas en prosa*.⁽²⁾ Aquellos que desean bastarse a sí mismo como Raúl, enamorándose de lo efímero, regidos por la anarquía y el delirio que irremediable deviene en arrastrar más quimeras y más ensueños implacables con el sentido. Ese gusto por lo infinito lo lleva a no saciarse con la embriaguez, la droga, los amigos, la calle, el amor, el futuro o el pasado, dice uno de sus proverbios “Todo bien cucho, ayer no existe...nos vemos mañana”.



La sociedad del semáforo es una de esas apuestas cinematográficas difíciles de sintetizar por el género que

representa y bautizarla bajo el genérico de “cine de autor” no es un marco del todo apto para englobarla. Se podría decir, sin pecar en retórica, es un largometraje con el punto de partida en la realidad de las calles lóbregas que ficcionaliza sus historias, o también, puede afirmarse como un documental que quiere parecerse a una ficción sin perderse de la realidad, algo así como un falso documental, del cual, el montajista, Luis Ospina, es un de los maestros en el país y a quien se le puede leer en la página oficial de la película diciendo: “En algunos de esas conversaciones me mencionó a *Agarrando pueblo* (1978) como una de las películas que lo habían impulsado a querer hacer cine. Yo siempre he dicho que lo que más educa es el mal ejemplo. De alguna manera *La sociedad del semáforo* es hija de *Agarrando pueblo*. Y como a los hijos hay que reconocerlos”. En todo caso, a *La sociedad del semáforo* se le recordará por su parentela y genealogía; aquella que desde hace mucho tiempo quiso describir las impurezas de la modernidad y esa otra, que vio en el registro de las depravaciones de la miseria, un escenario circense de la realidad para hablar de ficciones y verdades.

CITAS

1.- Buenos Aires, Compañía General Fabril, 1960, pág. 8.

2.- Madrid, Espasa, 2000.

Daniel Andrés Parra Mejía. Periodista y escritor colombiano.